

EDICIÓN CRÍTICA VIRTUAL

Dolores Troncoso Durán

Para editar los *Episodios Nacionales*¹ tratando de ofrecer la versión más fiel a los designios de Galdós, tuve que contrastar manuscritos, galeradas, y ediciones publicadas en vida del autor. Esta labor me proporcionó un muy elevado número de variantes, de gran utilidad para conocer el proceso de creación galdosiano, sí..., pero difícilmente publicables. Aunque la editorial tuvo la generosidad de permitirme incluir en cada tomo un apéndice que reproduce fielmente las variantes cualitativa y cuantitativamente importantes de la versión previa,² en su mayor parte inéditas, muchísimas más se quedaron en mis archivos.

La edición crítica de una determinada obra interesa a un número muy reducido de lectores, y resulta por tanto muy poco comercial. Además, la edición crítica impresa presenta graves inconvenientes: si las variantes se sitúan en el propio texto, entre paréntesis, corchetes o cualquier otro signo, dificultan una cómoda lectura del mismo, y si se opta por situarlas en nota al pie o al final, exigen imaginar como era el párrafo antes de su modificación, con lo que en muchas ocasiones no es fácil entender por qué el autor introduce la variante. Por todo ello pensé que una edición virtual, podría solucionar tanto los problemas de publicación (editar un número limitado de CDs resulta asequible), como los intrínsecos a la edición crítica tradicional, ya que la virtual permitiría contemplar simultáneamente texto y variantes siempre que el lector lo deseara, o leer ya la versión definitiva, ya cualquiera de las anteriores, sin molestas interrupciones gráficas. Me dirigí a la ESET de Telecomunicación de mi Universidad en busca de ayuda técnica y mi idea se convirtió en el proyecto Fin de Carrera de Mariña Pombo Rego, codirigido por el profesor Enrique Costas del Departamento de Telemática, por Carmela Troncoso del Departamento de Ingeniería Electrónica de la Katholieke Universiteit Leuven y por mí misma. El objetivo del proyecto, leído en julio de 2009 con la máxima calificación, no fue ya editar crítica y virtualmente los *Episodios*, sino ofrecer a los investigadores una herramienta que permitiese la edición crítica virtual de cualquier obra literaria. El propio programa ofrece unas instrucciones muy sencillas para el usuario.

Para ejemplificar su funcionalidad, se utilizó el capítulo I del primer episodio de la Segunda serie, *El equipaje del rey José* (1875), que paso a comentar. Al abrir el programa, encontramos una pantalla dividida en dos paneles, como vemos en la figura 1. En el lado izquierdo, el texto; en el derecho, un Índice de posibilidades.

El equipaje del rey José

I

El 17 de marzo de 1813 salieron de palacio algunos coches, seguidos de numerosa escolta, y bajando por Caballerizas a la puerta de San Vicente, tomaron el camino de la puerta de Hierro.

-Su Majestad intrusa va al Pardo -dijo don Lino Paniagua en uno de los corrillos que se formaron al pagar los carruajes y la tropa.

-Todavía no es el tiempo de la belota, señores -repuso otro, que se preciaba de no abrir la boca sin regalar al mundo alguna frutecilla picante y sabrosa del árbol de su ingreso.

-Su Majestad se ha convencido de que no engordará en España, y por ese camino adelante no parará hasta Francia -indicó un tercero, hombre forrado y ordinario que respondía al nombre de Mauro Requejo.

-¡A Francia! Todas las mañanas nos saluda la gente con el consabido estribillo de que se marchan los franceses aburridos y cansados, y por las noches nos acostamos con la certidumbre de que los franceses no se aburren, ni se cansan, ni tampoco se van.

-Tiene razón el señor don Lino Paniagua - exclamó otro personaje que se distinguía de los demás individuos del grupo por el deslumbrante verdor de sus anteojos y un extraño modo de reír, más propiamente comparable a viajes de cuadrúmano que a muestras de racional. -Tiene razón! Hace cinco años que no se oye más que esto: "Se van sin remedio: ya no pueden sostenerse un día más: el Lord dará buena cuenta de todos ellos dentro del mes que viene..." Y así corren los meses y los años: la gente muere, el pan sube, los pleitos merman, el dinero se acaba y los franceses no se van sino para volver. Cuatro veces hemos visto salir al señor Pepe y cuatro veces le hemos visto entrar con más bríos.

-Se acuerdan ustedes de la batalla de Bailén? Pues todos decían: "Gracias a Dios que se acabó esto. No ha quedado un francés para suiente de ribanos" ¡Ay! No pasaron muchos meses, sin que les vieramos otra vez mandados por el Emperador en persona. Al cabo de cinco años se ha repetido la fiesta. Diosé una batalla en Salamanca y aquí de mis bocas de oro: "¡Ya se acabó todo!" (Gracias a Dios! Viva el Lord...). Los franceses salen por un lado y los ingleses entran por otro. Pero esto parece escenario de un teatro: el Lord se va por la derecha y José se nos cuela por la izquierda... Señores, no puedo olvidar las acotaciones de las comedias, que dicen hace que se va y se queda... A mí que soy perro viejo y tengo sobre mí alma cristiana cuatro dedos de enjundia de marrullería, no se me emboba con estas entradas y salidas.

-El señor licenciado Lobo -dijo don Narciso Puma que a la sazón se encontraba también allí-, se halla tan bien en su escribanía de cámara, que no quisiera le molestase el ruido de las tropas, ni el estrépito de la guerra. Al fin y al cabo, los destinos dados por Murat no han de ser eternos.

-Ya os veo venir, embrollones, os entiendo farsantes, os conozco, traidoristas -repuso Lobo disimulando su enojo-. ¿Quiéren hacerme pasar por afrancesado? Parece que corren vientos anglicanos y wellingtonianos...

-Puede ser.

-Señores, demos una vuelta por los Pozos de Nieve a ver si clarean las cascacas rojas del lado de Fuencarral y Alcobendas.

-¿Por qué no? El ejército aliado parece que viene hacia acá. Pero en fama, señores, ¿a dónde va esta gente? ¿Qué tajaas atraen con su olorillo a nuestro intruso mosquito?

-Yo digo que no pasa del Pardo.

-Y yo que antes dejaré de catarlo que quitarse el polvo de los zapatos mientras no llegue a la raya de Francia.

-Por allí viene el reverendo Salmón que nos dirá la verdad, pues este frute de la Merced gusta de cucharetear con todo el mundo, y aquí cojo

Título: *El equipaje del rey José* Versión: *Primera Edición* Ver información adicional

Figura 1.

La primera lista desplegable del Índice ofrece la posibilidad de visualizar cada una de las versiones que han sido contrastadas: en este caso, la primera edición, el manuscrito y su versión previa, ya que solo en ellas presenta variantes este capítulo del episodio. En el panel de texto, sea la versión que sea, aparecen destacados en color aquellos términos que el autor ha modificado en otras. Si colocamos el ratón encima del término en cuestión, aparecerá sobrepuesta la variante anterior o posterior a la versión que estamos visualizando y su origen. Así, en la figura 2, vemos cómo Galdós había escrito originalmente “los Arapiles”, pero tal vez pensando que el topónimo no sería suficientemente conocido por sus lectores de entonces, tal vez para evitar repetirlo ya que aparece algunos párrafos más adelante, lo tacha y escribe encima, en el propio manuscrito, “Salamanca”, provincia de dichos montes:

El equipaje del rey José

-Tiene razón el señor don Lino Paniagua -exclamó otro personaje que se distinguía de los demás individuos del grupo por el deslumbrante verdor de sus anteojos y un extraño modo de reír, más propiamente comparable a viajes de cuadrúmano que a muestras de racional. -Tiene razón! Hace cinco años que no se oye más que esto: "Se van sin remedio: ya no pueden sostenerse un día más: el Lord dará buena cuenta de todos ellos dentro del mes que viene..." Y así corren los meses y los años: la gente muere, el pan sube, los pleitos merman, el dinero se acaba y los franceses no se van sino para volver. Cuatro veces hemos visto salir al señor Pepe y cuatro veces le hemos visto entrar con más bríos.

-Se acuerdan ustedes de la batalla de Bailén? Pues todos decían: "Gracias a Dios que se acabó esto. No ha quedado un francés para suiente de ribanos" ¡Ay! No pasaron muchos meses, sin que les vieramos otra vez mandados por el Emperador en persona. Al cabo de cinco años se ha repetido la fiesta. Diosé una batalla en Salamanca y aquí de mis bocas de oro: "¡Ya se acabó todo!" (Gracias a Dios! Viva el Lord...). Los franceses salen por un lado y los ingleses entran por otro. Pero esto parece escenario de un teatro: el Lord se va por la derecha y José se nos cuela por la izquierda... Señores, no puedo olvidar las acotaciones de las comedias, que dicen hace que se va y se queda... A mí que soy perro viejo y tengo sobre mí alma cristiana cuatro dedos de enjundia de marrullería, no se me emboba con estas entradas y salidas.

-El señor licenciado Lobo -dijo don Narciso Puma que a la sazón se encontraba también allí-, se encuentra tan bien en su escribanía de cámara, que no quisiera le molestase el ruido de las tropas, ni el estrépito de la guerra. Al fin y al cabo, los destinos dados por Murat no han de ser eternos.

-Ya os veo venir, embrollones, os entiendo farsantes, os conozco, traidoristas -repuso Lobo disimulando su enojo-. ¿Quiéren hacerme pasar por afrancesado? Parece que corren vientos anglicanos y wellingtonianos...

-Puede ser.

-Señores, demos una vuelta por los Pozos de Nieve a ver si clarean las cascacas rojas del lado de Fuencarral y Alcobendas.

-¿Por qué no? El ejército aliado parece que viene hacia acá. Pero en fama, señores, ¿a dónde va esta gente? ¿Qué tajaas atraen con su olorillo a nuestro intruso mosquito?

-Yo digo que no pasa del Pardo.

Título: *El equipaje del rey José* Versión: *Manuscrito* Ver información adicional

Figura 2.

El segundo panel desplegable, permite al lector situarse en el capítulo que desee sin necesidad de avanzar o retroceder páginas y páginas en pantalla. El tercero ofrece una clasificación de variantes que puede configurarse del modo que resulte más conveniente a

cada editor y a cada obra. Aquí la diseñé inspirándome en la propuesta por Yolanda Arencibia (1987) para *Zumalacárregui*.

Presentadas de este modo, las variantes revelan fácilmente su por qué al lector; resulta obvio por ejemplo, descubrir una de las causas más frecuentes de su introducción en cualquier texto literario, evitar la repetición, tal como vemos en la figura 3 en que se sustituye “dijo” por “afirmó”, ya que en la línea siguiente aparecía de nuevo “dijo”:

El equipaje del rey José

Señores patriotas, buenos días -dijo el joven guardián acercándose al corrallo y saludando a todos con festivo semblante.

¿Qué ocurre, discreto amigo, aunque parado? -le preguntó Salnés poniendo su mano en el hombro del muchacho-. ¿A dónde va por esos caminos el emperador de las Tinajas?

-A Valladolid -repuso el militar.

¡A Valladolid! -exclamaron todos-. ¡Ya lo presumía yo!

Por allí están la Nueva, Ruada, la Seca, Mojados y demás cepas...

¿Conque a Valladolid?

Ya a haber cada batalla, indicó el joven con énfasis. Napoleón ha mandado un recado a su hermano, diciéndole que salga a campaña.

¿Un recado?

Y nosotros salimos también. Y con nosotros los ministros, y con los ministros los empleados, y con los empleados...

Con los empleados los empleados -añadió Lobo-. Eso será bueno.

En palacio están empacando a toda prisa cuadros y alhajas -prosiguió Salvador con alborozo y orgullo, propio de la juventud al verse portador de nuevas empacadas-. Ayer embaldamos juntamente con la batería de cocina una tabla pintarrocada que llama el Pasmo de Sicilia. Nos llevamos hasta los clavos. Dentro de pocos días se van a embarcar todos los coches y carros de la villa, y aún no bastará.

¿Todos los carros? Pero esta gente nos va a dejar sin un alfiler para trabajos las chorreras.

¿Acaso viañeron a otra cosa? Pues qué -dijo Salnés-, ¿cree usted que esa gente ha sabido lo que es pan antes de venir a España?

Y ahora, señores -dijo el militar-, **hacia** **Manuscrito** **uno** a su casa de dos en dos, porque la policía no gusta de ver grupos en los alrededores de palacio.

Esta advertencia produjo rápidos efectos. Desfilóse el grupo, y por parejas se alejaron en direcciones diversas los esclarecidos varones, marchando cuál a su diestra, cuál a su izquierda, así el convento, aquí el convento, aquí a la terminal de la botica, aquí a los estrados de las damas y a las reuniones de la gente toca, afanosos todos de transmitir los noticias recibidas, que de calle en calle y de sala en sala, y de boca en boca iban desfigurándose y ablandándose hasta el punto de que no las conociera el mismo que las lanzó a los vaivenes y agitaciones del mundo. Y entonces no había periódicos!

José Bonaparte había salido en efecto para Valladolid, obedeciendo a su amo y hermano que le mandaba ponerse al frente del ejército, mientras él, no escamotado con la desastrosa campaña de la Moscova, se disponía a emprender otra nueva en Alemania contra la sexta coalición. Cuando el coche, pasado el arco de San Vicente, torció a la derecha en dirección a la Puerta de Hierro. Su Majestad, que hablaba con el general Jordán, dejó a este con la palabra en suspenso, y se acomodó por la portezuela para contemplar el real palacio que quedaba a derecha, sentado en los bordes de la villa, con su pie arriba y otro abajo, destacando su enorme cuerpo blanco sobre las rampas de baldío que le sirven de trono y sobre la verdura de los árboles que le sirven de alfombra. José Bonaparte dirigió al edificio una mirada en la cual difícilmente podían conocerse los sentimientos de su corazón. Aquel abandonado albergo que vivía Su Majestad tras sí, ¿era una misión divina, de la cual no podía escapar ni poner, o por el contrario, nueva hazaña en cuyo recinto no había sino cautivos y ministros? ¿Era grata al intruso la idea del regreso, o se completaba su ánimo con el pensamiento de perder de vista para siempre la enorme casa blanca y las rojas murallas y el jardín rastrero entre cuyo follaje levanta el abollado sombrero de su techo, la ermita de la Virgen del Puerto?

Napoleón el Chico, después del triste mar, recostose taciturno en el fondo del coche, más no oyeron sus cortos ojos ningún suspiro como el que en parecido caso repitió a la historia Boudill el de Granada. Recordóse la conversación entre José y el mariscal Jordán. Madrid y su palacio, y su polvo, y su claro cielo, y su aire still no fueron ya para el hermano de Bonaparte más que un recuerdo.

Título: *El equipaje del rey José* Versión: *Primera Edición* Ver información adicional

Figura 3.

La primera clasificación, debida al tipo de variante (por supresión, adición o sustitución) nos permite elegir la lista de variantes de cada uno de ellos; pinchando en el panel izquierdo sobre cualquier variante de dicha lista, la seleccionada se situará en la parte superior del panel derecho en el texto. Así, en la figura 4 se elimina la negación en la pregunta retórica porque era contraria al sentido humanista y pacifista que el personaje expresa a continuación: “¡Batallas! ¡Ejércitos! [...] ¡Qué basura! Soy partidario del género humano, señores. Odio las guerras”. Comprobamos aquí de nuevo que el poder leer todo el párrafo y al mismo tiempo la variante, facilita su comprensión:

El equipaje del rey José

nada, sin dudar por no vender a sus amigos.

¡Mis amigos, los franceses! -exclamó Cañencia **habido** como jovencito tímido, a quien se descubrió un secreto amoroso-. ¡Soy acaso hombre que no se entusiasma con las victorias militares de Juan y de Pedro! ¡Batallas! ¡Ejércitos! ¡Napoleón! ¡Lord Wellington! ¡Qué basura! Soy partidario **hacia** **Primera Edición** **de** las guerras, destructoras de la convención social, y aguardo el día de la emancipación de los pueblos. Sé que me calumnian, sé que algunos se atreven a sostener que estrove en Salamanca en una sociedad masónica. ¡Por ventura estas mis venerables cejas y esta entera filosofía que debió a mis estudios son a propósito para degradarse en logias y agulteras...! Pero basta que me hayan dado ese miserable destello en la contaduría del Noveno para que se me crea ligado en cuerpo y alma a los Bonapartes, señores, a los hijos de doña Leticia, que hoy dominan el mundo con la espada. ¡Como si la espada fuera otra cosa que un pedazo de acero, una herramienta brutal, una lanza inerte y punzante que sólo sirve para sangrar a los pueblos!... Y entre tanto las ideas... ¿dónde están las ideas? Las mías impiden a Cañencia seguir adelante en su cometido discreto. Salnés le quitó la palabra de la boca, para decir:

-Mala pascua me dé Dios y sea la primera que viañere, si a este don Bartolomé no le cambian pronto su plaza de la contaduría del Noveno por una jaulita en el Nuncio de Toledo. En suma, nada nos ha dicho del viaje del Rey. Lo que yo aseguro es que ayer nada se sabía en palacio de tal viaje.

-Por ahí viene quien nos ha de sacar de dudas -dijo Plama volviendo hacia Caballeros.

Todos los del corrallo fijaron la atención en un joven barba, de rostro alegre y franco que precipitadamente bajaba en dirección a San Gil. Vestía el uniforme de la guardia española creada por José en enero de 1809, y a la cual pertenecían buen número de compañeros ministros con todos o casi todos los matices y valores de los antiguos cuerpos extranjeros.

¡Eh, Sabandero! ¡Monseñor! ¡Sabandero! ¡Monseñor! -gritó el licenciado Lobo, llamando al acero del uniforme.

-Es sobrino de Andrés Monseñor, el que apalearon en Salamanca -indicó con malicia Requejo-. El señor Cañencia puede dar noticia de la batalla de las Arapiles y de los palos de Babaluzarte.

-Señores patriotas, buenos días -dijo el joven guardián acercándose al corrallo y saludando a todos con festivo semblante.

¿Qué ocurre, discreto amigo, aunque parado? -le preguntó Salnés poniendo su mano en el hombro del muchacho-. ¿A dónde va por esos caminos el emperador de las Tinajas?

-A Valladolid -repuso el militar.

¡A Valladolid! -exclamaron todos-. ¡Ya lo presumía yo!

Por allí están la Nueva, Ruada, la Seca, Mojados y demás cepas...

¿Conque a Valladolid?

Ya a haber cada batalla, indicó el joven con énfasis. Napoleón ha mandado un recado a su hermano, diciéndole que salga a campaña.

¿Un recado?

Y nosotros salimos también. Y con nosotros los ministros, y con los ministros los empleados, y con los empleados...

Con los empleados los empleados -añadió Lobo-. Eso será bueno.

En palacio están empacando a toda prisa cuadros y alhajas -añadió Salvador con el alborozo y **vanidad**, propios de la juventud al verse portador de nuevas empacadas-. Ayer embaldamos juntamente con la batería de cocina una tabla pintarrocada que llama el Pasmo de Sicilia. Nos llevamos hasta los clavos. Dentro de pocos días se van a embarcar todos los coches y carros de la villa, y aún no bastará.

¿Todos los carros? Pero esta gente nos va a dejar sin un alfiler para trabajos las chorreras.

¿Acaso viañeron a otra cosa? Pues qué -dijo Salnés-, ¿cree usted que esa gente ha sabido lo que es pan antes de venir a España?

Y ahora, señores -dijo el militar-, **hacia** **Manuscrito** **uno** a su casa de dos en dos, porque la policía no gusta de ver grupos en los alrededores de palacio.

Título: *El equipaje del rey José* Versión: *Manuscrito* Supresión

Figura 4.

En el caso de las adiciones, la variante de la figura 5 refleja el interés de Galdós por utilizar terminología de la época narrada, que contribuye a ambientar al lector:

El equipaje del rey José

usaban un sus equipaje y que los pasos se distinguían:

-Señores patriotas, buenos días -dijo el joven guardia acercándose al corrallo y saludando a todos con festivo semblante.

-¿Qué ocurre, discreto amigo, aunque jurado? -le preguntó Salnón posando su mano en el hombro del mancebo-. ¿A dónde va por esos caminos el emperador de las Tinajas?

-A Valladolid -repuso el militar.

-¡A Valladolid! -exclamaron todos-. ¡Ya lo presumía yo!

-Por allí están la Nava, Rueda, la Seca, Mojados y demás cepas...

-¿Conque a Valladolid?

-No faltarán batallas... -indicó el joven con énfasis-. Napoleón ha mandado un recado a su hermano, diciéndole que salga a campaña.

-¿Un recadito?

-Y nosotros salimos también. Y con nosotros los ministros, y con los ministros los empleados, y con los empleados...

-Con los empleados los empleos -añadió Lobo-. Eso será bueno.

-En palacio están empaquetando a toda prisa caudales y alhajas -protestó Salvador con alborozo y orgullo, propios de la juventud al verse portador de nuevas empuñaduras-. Ayer embalsamos juntamente con la batería de cocina una tabla pintoresca que llaman el Pasmo de Sicilia... Nos llevamos hasta los clavos... Dentro de pocos días se van a embarcar todos los coches y carros de la villa, y aún no bastará.

-¿Todos los carros! Pero esta gente nos va a dejar sin un alfiler para trabajar las chorreras.

-¿Acaso vinieron a otra cosa? Pues que -afirmó Salnón-, ¿cree usted que esa gente ha sabido lo que es pan antes de venir a España?

-Y ahora, señores -dijo el militar-, harán ustedes bien en marcharse cada uno a su casa de dos en dos, porque la policía no gusta de ver grupos en los alrededores de palacio.

Esta advertencia produjo rápidos efectos: deshízose el grupo, y por parejas se alejaron en direcciones diversas los esclarecidos varones, marchando cuál a su oficina, cuál a su tienda, este a la escribanía, aquel al convento, quién a la tertulia de la botica, quién a los estrados de las damas y a las reuniones de la gente tónica, afanosos todos de transmitir las noticias recibidas, que de calle en calle y de sala en sala, y de boca en boca iban desfilando punto de que no las conocería el mismo que las lanzó a los vaivenes y agitaciones del mundo. [Y antecede la intersección]

José Bonaparte había salido en efecto para Valladolid, obedeciendo a su amo y hermano que le mandaba ponerse al frente del ejército, mientras él, no escarmentado con la desastrosa campaña de la Moscowa, se disponía a emprender otra nueva en Alemania contra la sexta coalición. Cuando el coche, pasado el arco de San Vicente, torció a la derecha en dirección a la Puerta de Hierro, Su Majestad, que hablaba con el general Jourdan, dejó a este con la palabra en suspenso, y se asomó por la portezuela para contemplar el real palacio que quedaba dentro, sentado en los bordes de la villa, con un pie arriba y otro abajo, destacando su enorme cuerpo blanco sobre las rampas de ladrillo que le sirven de trono y sobre la vedera de los árboles que le sirven de alhondra. José Bonaparte dirigió al edificio una mirada en la cual difícilmente podían conocerse los sentimientos de su corazón. Aquel abandonado albergue que vivía Su Majestad tras sí, ¿era una masación trágica, de la cual no podía alejarse sin pena, o por el contrario, cueva horrorea en cuyo recinto no había sino cantivero y tristeza? ¿Era grata al intruso la idea del regreso, o se complacía su ánimo con el pensamiento de perder de vista para siempre la enorme casa blanca y las rojas murallas y el jardín rastroso entre cuyo follaje levanta el abollado sombrero de su techo, la ermita de la Virgen del Puerto?...

Napoleón el Chico, después del triste mirar, recostose taciturno en el fondo del coche, mas no oyeron sus cortesanos ningún suspiro como el que en parecido caso regaló a la historia Babilón el de Granada. Reanudose la conversación entre José y el mariscal Jourdan. Madrid y su palacio, y su polvo, y su claro cielo y su aire sutil no fueron ya para el hermano de Bonaparte más que un recuerdo.

Volver al índice

Adición

Primera Edición	Versión	Capítulo
consolido	falta	Versión Previa
Volved los ojos a todos lados y decidme.	falta	Manuscrito
v a las reuniones de la gente tónica	falta	Manuscrito
y	falta	Versión Previa
v su claro cielo	falta	Manuscrito

Título: El equipaje del rey José
Versión: Primera Edición
Adición

Figura 5.

“Tónicos” se llamaba, a finales del XVIII y principios del XIX, a aquellos que estaban más enterados, “en la pomada” que diríamos hoy. No era imprescindible incluirlo pero, como he dicho, ayuda a ambientar la novela, y resulta coherente que quienes quisieran presumir de su saber de novedades se dirigieran a las reuniones de tales gentes.

Como ejemplo de sustituciones, en la figura 6 se sustituye en la primera edición “hablar en republicano”, adjetivo demasiado genérico que figuraba en el manuscrito, por “hablar en jacobino”, adjetivo mucho más representativo de la república a que dio lugar la Revolución Francesa:

El equipaje del rey José

no había desplegado sus albitos labios. El señor Canencia que está presente le enseñará a usted a hablar en jacobino. No se dice marzo, sino ventoso, víspera de germinal y antevíspera de floral. [republicano: Manuscrito]

Todos se rieron a costa del abatedon don Bartolomé Canencia, que habló de esta manera.

-En mi escuela se atiende a los hechos no a las palabras, factis non verbis.

-Estamos en marzo -afirmó Lobo-, pero ahora nos ocupamos de nuestro Rey postrizo, y ya se sabe que está siempre en vendimiarlo.

-Veo que será preciso buscar las noticias en otra parte -dijo con impaciencia Paniagua-. El padre Salnón no está hoy de vena para contar, y don Bartolomé Canencia, que conoce todos los pasos de los franceses como los saltos de las pulgas dentro de su camisa, no nos quiere decir nada, sin dadas por vender a sus amigos.

-¡Mis amigos, los franceses! -exclamó Canencia turbándose como jovenzuelo tímido, a quien se descubre un secreto amoroso-. ¡Soy acaso hombre que se entusiasma con las victorias militares de Juan y de Pedro? ¡Batallas! ¡Ejércitos! ¡Napoleón! ¡Lord Wellington! ¡Qué basura! Soy partidario del género humano, señores. Odio las guerras, destructoras de la convención social, y aguardo el día de la emancipación de los pueblos. Sé que me calumnia; sé que algunos se atreven a sostener que estuve en Salamanca en una sociedad masónica... ¿Por ventura estas mis venerables canas y esta entereza filosófica que debo a mis estudios son a propósito para degradarse en logias y aquérras...? Pero basta que me hayan dado ese miserable destituido en la contaduría del Noveno para que se me crea ligado en cuerpo y alma a los Bonapartes, señores, a los hijos de doña Leticia, que hoy dominan el mundo con la espada. ¿Como si la espada fuera otra cosa que un pedazo de acero, una herramienta brutal, una lanceta inerte y puzante que sólo sirve para sangrar a los pueblos?... Y entre tanto las ideas... Volved los ojos a todos lados y decidme, ¿dónde están las ideas?

Las risas impidieron a Canencia seguir adelante en su comenzado discurso. Salnón le quitó la palabra de la boca, para decir:

-Mala pascua me dé Dios y sea la primera que viérese, si a este don Bartolomé no le cambian pronto su plaza de la contaduría del Noveno por una jaulita en el Nuncio de Toledo... En suma, nada nos ha dicho del viaje del Rey. Lo que yo aseguro es que ayer nada se sabía en palacio de tal viaje.

Por allí viene quien nos ha de sacar de dudas -dijo Phina señalando hacia Caballerías.

Todos los del corrallo fijaron la atención en un joven bien parecido, de rostro alegre y franco que precipitadamente bajaba en dirección a San Gil. Vestía el uniforme de la guardia española creada por José en enero de 1809, y a la cual pertenecían buen número de compañeros nuestros con todos o casi todos los rasgos y valores de los antiguos cuerpos extranjeros.

-¡Eh, Salvadorcillo Monsahad, Salvadorcillo Monsahad! -gritó el licenciado Lobo, llamando al mozo del uniforme.

-Es sobrino de Andrés Monsahad, el que apalearon en Salamanca -indicó con malicia Requejo-. El señor Canencia puede dar noticia de la batalla de los Arriples y de los palos de Babiliferente.

-Señores patriotas, buenos días -dijo el joven guardia acercándose al corrallo y saludando a todos con festivo semblante.

-¿Qué ocurre, discreto amigo, aunque jurado? -le preguntó Salnón posando su mano en el hombro del mancebo-. ¿A dónde va por esos caminos el emperador de las Tinajas?

-A Valladolid -repuso el militar.

-¡A Valladolid! -exclamaron todos-. ¡Ya lo presumía yo!

-Por allí están la Nava, Rueda, la Seca, Mojados y demás cepas...

-¿Conque a Valladolid?

-No faltarán batallas... -indicó el joven con énfasis-. Napoleón ha mandado un recado a su hermano, diciéndole que salga a campaña.

Volver al índice

Sustitución

Primera Edición	Versión	Capítulo
Salamanca	los Arriples	Versión Previa
halla	encuentra	Manuscrito
preguntó	dijo	Manuscrito
empinada	auria	Manuscrito
tu	a	Versión Previa
Quiere	Querrán	Manuscrito
jacobino	republicano	Manuscrito
turbándose	turbado	Manuscrito
No faltarán batallas	Ya a haber cada batalla...	Manuscrito
protestó	añadó	Manuscrito
orgullo	vandad	Manuscrito
afirmó	dijo	Manuscrito
militar	militar cito	Manuscrito
podían	podían	Manuscrito

Título: El equipaje del rey José
Versión: Primera Edición
Sustitución

Figura 6.

Gracias a la relación comparativa de variantes (figura 7) podemos comprobar, además, que las más numerosas en este capítulo son las de sustitución. Esto no resulta caracterizador en un solo capítulo, pero sí sería indicativo del modo compositivo del autor poder comprobar el carácter dominante de uno de los tres tipos en una novela completa, y más aún en todos los *Episodios*. Por supuesto, lo mismo podría hacerse contándolas manualmente, pero la informática nos evita una tarea tediosa y nos asegura su exactitud.

Volver al índice			Volver al índice			Volver al índice		
Supresión			Sustitución			Adición		
Primera Edición	Versión	Capítulo	Primera Edición	Versión	Capítulo	Primera Edición	Versión	Capítulo
falta	no	Manuscrito I	Salamanca	los Arapiles	Versión Previa I	consabido	falta	Versión Previa I
falta	el	Manuscrito I	halla	encuentra	Manuscrito I	Volved los oios a todos lados y decidme,	falta	Manuscrito I
			preguntó	dijo	Manuscrito I	v a las reuniones de la gente tónica	falta	Manuscrito I
			empmada	agria	Manuscrito I	y	falta	Versión Previa I
			en	a	Versión Previa I	v su claro cielo	falta	Manuscrito I
			Quiere	Querrán	Manuscrito I			
			jacobino	republicano	Manuscrito I			
			turbándose	turbado	Manuscrito I			
			No faltaran batallas...	Va a haber cada batalla...	Manuscrito I			
			prosiguó	añadió	Manuscrito I			
			orgullo	vanidad	Manuscrito I			
			afirmó	dijo	Manuscrito I			
			militarejo	militarcito	Manuscrito I			
			disponia a	preparaba para	Manuscrito I			
			podrian	podian	Manuscrito I			
Supresión			Sustitución			Adición		

Figura 7.

El índice ofrece una segunda clasificación en función de la naturaleza semántica o estilística de la variante, desplegable a su vez según su porqué, como puede verse en la figura 8:

El equipaje del rey José

I

El 17 de marzo de 1811 salieron de palacio algunos coches, seguidos de numerosa escolta, y basando por Caballerizas a la puerta de San Vicente, toraron, el camino de la puerta de Hierro.

«Su Majestad vino al Pardo» dijo don Lino Panagua en uno de los coches que se formaron al pasar los carruajes y la tropa.

Tardaron en ir al tiempo de la batalla, señores» repuso otro, que se precuaba de no abrir la boca sin regular al mando alguna frivolidad picaresca y subvosa del íbel de su dignidad.

Su Majestad se ha convencido de que no quedará en España, y por ese camino adelante no parará hasta Francia, indicó un tercero, hombre fornido y esbelto que respondía al nombre de Manuel Reporio.

«A Francia! Todos las matanzas nos salda la gente con el consabido embudo de que se marchan los franceses ahondados y cansados, y por las noches nos acantonamos con la certidumbre de que los franceses no se aborran, ni se cansan, ni tampoco se van.

«Tiene razón el señor don Lino Panagua» exclamó otro personaje que se distinguía de los demás individuos del grupo por el deslumbrante vendaje de sus anteojos y un estrafalante modo de ir, más propiamente comparable a viajes de circunvalación que a marchas de racional. «Tiene razón! Hace cinco años que no se oye más que esto. Se van sin remedio, ya no pueden soportar un día más el Lord! Los días barra cuenta de todos ellos dentro del seno que viene... Y así corren los meses y los años, la gente muere, el pan sube, los plátos norman, el dinero se acaba y los franceses no se van más para volver. Cuanto veces hemos visto salir al señor Reporio y cuando vuelve los hemos visto entrar con más bilis. ¡Se acuerdan señores de la batalla de Baillet! Pues todos decían: «Gracias a Dios que se acabó esto. No ha quedado un francés para simonre de ribanos». ¡Ah! No pasaron muchos meses, sin que los víctimos otra vez mandados por el Emperador en persona. Al cabo de cinco años se ha repetido la fiada. Dices una batalla en Salamanca y aquí de mis bocas de oro. ¡Ya se acabó todo!... Gracias a Dios... Viva el Lord... Los franceses salta por un lado y los ingleses entra por otro. Pero esto parece tocamento de un tiempo el Lord se va por la derecha y José se nos cuela por la izquierda. Señores, no puedo olvidar las acciones de las comedias, que dicen hace que se va y se queda... Así que voy porro viejo y tengo sobre mi alma mil años cuando dedos de entrada de marañeta, no se me meteba con estas estradas y salidas.

«El señor licenciado Lobo» dijo don Narciso Pina que a la noche se encontraba también allí, «se halla tan bien en su escritorio de cámara, que no quisiera le molestase el ruido de las tropas, ni el estruendo de la guerra. Así es al cabo, los señores duques por Vitoria no han de ser otros».

«Ya os voy venir, señores, os contédo de las cosas, os contédo de las cosas, os contédo de las cosas» repuso Lobo disminuido su cuerpo. «Quieren hacerse pasar por ahondados?... Parece que corren viento anglicano y vellejoniano...»

Puede ser.

«Señores, demos una vuelta por los Pinos de Nieve a ver si tienen las casacas rojas del lado de Escarabá y Alcobendas.

«Por qué no? El ejército aliado parece que viene hacia acá. Pero en rana, señores, ¿a dónde va esta gente? ¿Que tanas ataran con su obrerío a nuestro írmo moscovita?»

«Yo digo que no pasa del Pardo.

«Yo que antes dejara de cantar que quitase el polvo de los zapatos mientras no llegue a la raja de Francia.

Por allí viene el reverendo Salán, que nos dirá la verdad, pues este fraile de la Merced gusta de cochar con todo el mundo; y aquí cojo un vocablo, allí pongo una salida, ello es que todo lo sabe.

«Hemendito sea el padre Salán» dijo Reporio adelantándose a saludar al venerable mercenario que en la noble compañía del marqués de Perote toraba de la Virgen del Puerto.

«¿Y que me van traer señores, señores míos? preguntó el buen fraile limpiando el borde de su rostro, pues según se fingía al mirle le empudó cuenta de San Vicente, parecía que se desliza la nariz de sus volutas como en el camino.

«Como vuestra paternidad no nos diga algo.

El aparato de guerra que lleva el Rey, y la muchedumbre de coches en que le acompaña toda su servidumbre francesa y española» dijo con gravedad el marqués de Perote, prueban que el viaje será largo.

«Enemos en 17 de marzo, pasado mañana son los días de don Pepito» indicó el fraile frondoso de las narices. «Quiere cobrando en el fiscal».

Índice de Versiones

Versiones

Primera Edición
Manuscrito
Versión Previa

Capítulos

Tipos de variantes

- Supresión
- Sustitución
- Adición
- Variantes semánticas
 - Intensificadora
 - Caracterizadora
- Variantes estilísticas
 - Evita Repetición
 - Economía del lenguaje
 - Perfeccionadora

Ver información adicional

Figura 8.

Y de nuevo pinchando encontramos la lista de cada tipo de variante y el lugar del texto en que se encuentra aquella que seleccionemos:

El equipaje del rey José

Volver al índice

espada fuera otra cosa que un pedazo de acero, una herramienta bruta, una lanceta ierte y puzante que sólo sirve para sangrar a los pueblos!... Y entre tanto las ideas. **Volved los ojos a todos lados y decidme**, ¿dónde están las ideas?

Los tres empleados a Canencia acuden en su comenzado discurso. Salmón le quitó la palabra de la boca, para decir:

«Ma paciencia me de Dios y sea primera que viere, si a este don Bartolomé no le cambian pronto su plaza de la condrina del Noveno por una jaula en el Nuncio de Toledo. En suana, nada nos ha dicho del viaje del Rey. Lo que yo aseguro es que ayer nada se sabía en palacio de tal viaje.

Por allí viene quien nos ha de sacar de aquí» dijo Plana volviéndose hacia Calabazas.

Todos los del corralo fijaron la atención en un joven bien parecido, de rostro alegre y franco que precipitadamente bajaba en dirección a San Gil. Vestía el uniforme de la guardia española creada por José en enero de 1809, y a la cual pertenecían buen número de computaciones meritos con todos o casi todos los salios y valores de los antiguos cuerpos extranjeros.

«¡Ah, Salvadorcillo Moncalá! Salvadorcillo Moncalá!» gritó el licenciado Lobo, llamando al mozo del uniforme.

«Es sobrino de Andrés Moncalá, el que apañaron en Salamanca -indicó con enfasis Resopio-. El señor Canencia puede dar noticia de la batalla de los Arzules y de los galos de Babafuete.

«Señores patriotas, buenos días -dijo el joven guardia acercándose al corralo y saludando a todos con festivo semblante.

«¿Qué ocurre, discreto amigo, aunque jurado? -le preguntó Salmón posando su mano en el hombro del mancebo-. ¿A dónde va por esos caminos el emperador de las Tinajas?»

A Valladolid -repuso el militar.

«¡A Valladolid! -exclamaron todos-. ¡Ya lo presumía yo!

«Por allí están la Nava, Rueda, la Seca, Mojados y demás cepas...»

«¿Conque a Valladolid?»

No faltarán batallas -indicó el joven con enfasis-. Napoleón ha mandado un recado a su hermano, diciéndole que salga a campaña.

«¿Un recadito?»

«Y nosotros salimos también... Y con nosotros los ministros, y con los ministros los empleados, y con los empleados...»

«Con los empleados los empleos -añadió Lobo-. Eso será bueno.

«En palacio están empaquetando a toda prisa cuadros y alhajas -prosiguió Salvador con alborozo y orgullo, propios de la juventud al verse portadores de nuevas estupendas-. Ayer embaulamos juntamente con la batería de cocina una tabla pintoreada que llaman el Pasmio de Sicilia... Nos llevamos hasta los clavos... Dentro de pocos días se van a embargar todos los coches y carros de la villa, y aún no bastará.

«¿Todos los carros? Pero esta gente nos va a dejar sin un afilero para trabarnos las chorreras.»

«Acaso vinieron a otra cosa? Pues qué -afirmó Salmón-, ¿cree usted que esa gente ha sabido lo que es pan antes de venir a España?»

«Y ahora, señores -dijo el militar-, harán ustedes bien en marcharse cada uno a su casa de dos en dos, porque la policía no gusta de ver grupos en los alrededores de palacio.

Esta advertencia produjo rápidos efectos: deshízose el grupo, y por parejas se alejaron en direcciones diversas los esclarecidos varones, marchando cual a su oficina, cual a su tienda, este a la escribanía, aquel al convento, quién a la tertulia de la botica, quién a los estrados de las damas y a las reuniones de la gente tónica, afanosos todos de transmitir las noticias recibidas, que de calle en calle y de sala en sala, y de boca en boca iban desfigurándose y abultándose hasta el punto de que no las conocería el mismo que las lanzó a los vaivenes y agitaciones del mundo. ¡Y entonces no había periódicos!

José Bonaparte había salido en efecto para Valladolid, obedeciendo a su amo y hermano que le mandaba ponerse al frente del ejército, mientras él, no escarmentado con la desastrosa campaña de la Moscova, se disponía a emprender otra nueva en Alemania contra la sexta coalición. Cuando el coche, pasado el arco de San Vicente, torció a la derecha en dirección a la Puerta de Hierro, Su Majestad, que hablaba con el general Jourdan, dejó a este con la palabra en suspenso, y se asomó por la portezuela para contemplar el real palacio que quedaba detrás, sentado en los bordes de la villa, con un pie arriba y otro abajo, destacando su enorme cuerpo blanco sobre las rampas de ladrillo que le sirven de trono y sobre la verdura de los árboles que le sirven de alfombra. José Bonaparte dirigió al edificio una mirada en la cual difícilmente podrían conocerse los sentimientos de su corazón. Aquel abandonado albergue que veía Su Majestad tras sí, ¿era una mansión risueña, de la cual no podía alejarse sin pena, o por el contrario, cueva horrorosa en cuyo recinto no había sino cautiverio y tristeza? ¿Era grata al intruso la idea del regreso, o se complacía su ánimo con el pensamiento de perder de vista para siempre la enorme casa blanca y las rojas murallas y el jardín rastrero entre cuyo follaje levanta el abollado sombrero de su techo, la ermita de la Virgen del Puerto?... Napoleón el Chico, después del triste mirar, recostose taciturno en el fondo del coche, mas no oyeron sus cortesanos ningún suspiro como el que en parecido caso regaló a la historia Boabdil el de Granada. Reanudose la conversación entre José y el mariscal Jourdan. Madrid y su palacio, y su polvo, y su claro cielo y su aire sutil no fueron ya para el hermano de Bonaparte más que un recuerdo.

Variantes semánticas Intensificadora

Primera Edición	Versión	Capítulo
comprobado	¡ah!	Versión Previa 1
Volved los ojos a todos lados y decidme	¡ah!	Manuscrito 1
y	¡ah!	Versión Previa 1
y a las reuniones de la gente tónica	¡ah!	Manuscrito 1
podían	¡ah!	Manuscrito 1
y su claro cielo	¡ah!	Manuscrito 1

Figura 9.

En el caso de la figura 9, la oratoria de Canencia se intensifica en la primera edición, al añadir la metafórica orden del personaje a sus oyentes, “Volved los ojos a todos lados y decidme”, antes de la pregunta retórica “¿dónde están las ideas?”.

Entre estas variantes intensificadoras, el ejemplo de la figura 10, parece obedecer al gusto galdosiano por la pintura y su particular admiración por Velázquez: añade en la primera edición “y su claro cielo”, adición no necesaria, pero que introduce ese rasgo tan madrileño que nos ayudó a ver la pintura velazqueña:

El equipaje del rey José

...batalla de los Arzules y de los galos de Babafuete.

«Señores patriotas, buenos días -dijo el joven guardia acercándose al corralo y saludando a todos con festivo semblante.

«¿Qué ocurre, discreto amigo, aunque jurado? -le preguntó Salmón posando su mano en el hombro del mancebo-. ¿A dónde va por esos caminos el emperador de las Tinajas?»

A Valladolid -repuso el militar.

«¡A Valladolid! -exclamaron todos-. ¡Ya lo presumía yo!

«Por allí están la Nava, Rueda, la Seca, Mojados y demás cepas...»

«¿Conque a Valladolid?»

No faltarán batallas -indicó el joven con enfasis-. Napoleón ha mandado un recado a su hermano, diciéndole que salga a campaña.

«¿Un recadito?»

«Y nosotros salimos también... Y con nosotros los ministros, y con los ministros los empleados, y con los empleados...»

«Con los empleados los empleos -añadió Lobo-. Eso será bueno.

«En palacio están empaquetando a toda prisa cuadros y alhajas -prosiguió Salvador con alborozo y orgullo, propios de la juventud al verse portadores de nuevas estupendas-. Ayer embaulamos juntamente con la batería de cocina una tabla pintoreada que llaman el Pasmio de Sicilia... Nos llevamos hasta los clavos... Dentro de pocos días se van a embargar todos los coches y carros de la villa, y aún no bastará.

«¿Todos los carros? Pero esta gente nos va a dejar sin un afilero para trabarnos las chorreras.»

«Acaso vinieron a otra cosa? Pues qué -afirmó Salmón-, ¿cree usted que esa gente ha sabido lo que es pan antes de venir a España?»

«Y ahora, señores -dijo el militar-, harán ustedes bien en marcharse cada uno a su casa de dos en dos, porque la policía no gusta de ver grupos en los alrededores de palacio.

Esta advertencia produjo rápidos efectos: deshízose el grupo, y por parejas se alejaron en direcciones diversas los esclarecidos varones, marchando cual a su oficina, cual a su tienda, este a la escribanía, aquel al convento, quién a la tertulia de la botica, quién a los estrados de las damas y a las reuniones de la gente tónica, afanosos todos de transmitir las noticias recibidas, que de calle en calle y de sala en sala, y de boca en boca iban desfigurándose y abultándose hasta el punto de que no las conocería el mismo que las lanzó a los vaivenes y agitaciones del mundo. ¡Y entonces no había periódicos!

José Bonaparte había salido en efecto para Valladolid, obedeciendo a su amo y hermano que le mandaba ponerse al frente del ejército, mientras él, no escarmentado con la desastrosa campaña de la Moscova, se disponía a emprender otra nueva en Alemania contra la sexta coalición. Cuando el coche, pasado el arco de San Vicente, torció a la derecha en dirección a la Puerta de Hierro, Su Majestad, que hablaba con el general Jourdan, dejó a este con la palabra en suspenso, y se asomó por la portezuela para contemplar el real palacio que quedaba detrás, sentado en los bordes de la villa, con un pie arriba y otro abajo, destacando su enorme cuerpo blanco sobre las rampas de ladrillo que le sirven de trono y sobre la verdura de los árboles que le sirven de alfombra. José Bonaparte dirigió al edificio una mirada en la cual difícilmente podrían conocerse los sentimientos de su corazón. Aquel abandonado albergue que veía Su Majestad tras sí, ¿era una mansión risueña, de la cual no podía alejarse sin pena, o por el contrario, cueva horrorosa en cuyo recinto no había sino cautiverio y tristeza? ¿Era grata al intruso la idea del regreso, o se complacía su ánimo con el pensamiento de perder de vista para siempre la enorme casa blanca y las rojas murallas y el jardín rastrero entre cuyo follaje levanta el abollado sombrero de su techo, la ermita de la Virgen del Puerto?... Napoleón el Chico, después del triste mirar, recostose taciturno en el fondo del coche, mas no oyeron sus cortesanos ningún suspiro como el que en parecido caso regaló a la historia Boabdil el de Granada. Reanudose la conversación entre José y el mariscal Jourdan. Madrid y su palacio, y su polvo, **y su claro cielo** y su aire sutil no fueron ya para el hermano de Bonaparte más que un recuerdo.

Figura 10.

Otra variante de esta naturaleza, consistente en un simple cambio del tiempo verbal, logra intensificar el significado de las palabras del narrador, como puede observarse en la figura 11:

El equipaje del rey José

¿cómo habrán a una cosa... ¿cómo que **podían** saber, ¿cómo saber que sus gentes no sabían lo que se pasaba antes de venir a España?

-Y ahora, señores -dijo el **militarejo**-, harán ustedes bien en marcharse cada uno a su casa de dos en dos, porque la policía no gusta de ver grupos en los alrededores de palacio.

Esta advertencia produjo rápidos efectos: deshízose el grupo, y por parejas se alejaron en direcciones diversas los esclarecidos varones, marchando cuál a su oficina, cuál a su tienda, este a la escribanía, aquel al convento, quién a la tertulia de la botica, quién a los estrados de las damas **y a las reuniones de la gente tónica**, afanosos todos de transmitir las noticias recibidas, que de calle en calle y de sala en sala, y de boca en boca iban desfigurándose y abultándose hasta el punto de que no las conocería el mismo que las lanzó a los vaivenes y agitaciones del mundo. ¡Y entonces no había periódicos!

José Bonaparte había salido en efecto para Valladolid, obedeciendo a su amo y hermano que le mandaba ponerse al frente del ejército, mientras él, no escarmentado con la desastrosa campaña de la Moscowa, se **disponía a** emprender otra nueva en Alemania contra la sexta coalición. Cuando el coche, pasado el arco de San Vicente, torció a la derecha en dirección a la Puerta de Hierro, Su Majestad, que hablaba con el general Jourdan, dejó a este con la palabra en suspenso, y se asomó por la portezuela para contemplar el real palacio que quedaba detrás, sentado en los bordes de la villa, con un pie arriba y otro abajo, destacando su enorme cuerpo blanco sobre las rampas de ladrillo que le sirven de trono y sobre la verdura de los árboles que le sirven de alfombra. José Bonaparte dirigió al edificio una mirada en la cual **difícilmente podrían** conocerse los sentimientos de su corazón. Aquel abandonado albergue **podían: Manuscrito**, ¿era una mansión risueña, de la cual no podía alejarse sin pena, o por el contrario, cueva horrorosa en cuyo recinto no había sino cautiverio y tristeza? ¿Era grata al intruso la idea del regreso, o se complacía su ánimo con el pensamiento de perder de vista para siempre la enorme casa blanca y las rojas murallas y el jardín rastroero entre cuyo follaje levanta el abollado sombrero de su techo, la ermita de la Virgen del Puerto?...

Napoleón el Chico, después del triste mirar, recostose taciturno en el fondo del coche, mas no oyeron sus cortesanos ningún suspiro como el que en parecido caso regaló a la historia Boabdil el de Granada. Reanudose la conversación entre José y el mariscal Jourdan. Madrid y su palacio, y su polvo, **y su claro cielo** y su aire sutil no fueron ya para el hermano de Bonaparte más que un recuerdo.

Título: *El equipaje del rey José* **Versión:** *Primera Edición*

Figura 11.

Al sustituirse el indicativo “dificilmente podían” del manuscrito por el hipotético “dificilmente podrían” de la primera edición, el narrador no sólo informa de que con dificultad conocerían los sentimientos de José I quienes observaban su marcha, sino que, además, no tenían interés en ello. Es decir, que a la impermeabilidad del personaje observado, la sustitución añade la indiferencia de los observadores: que el rey se vaya es lo esencial, lo que sienta al irse importa poco a los españoles.

En la figura 12, resulta interesante ver la variante caracterizadora que sustituye “militarcito” (manuscrito) por “militarejo” (primera edición):

El equipaje del rey José Volver al índice

¿Y ahora, señores -dijo el **militarejo**-, harán ustedes bien en marcharse cada uno a su casa de dos en dos, porque la policía no gusta de ver **militarcito**, **Manuscrito**...

Esta advertencia produjo rápidos efectos: desmoronó su grupo, y por parejas se alejaron en direcciones diversas los esclarecidos varones, marchando cuál a su oficina, cuál a su tienda, este a la escribanía, aquel al convento, quién a la tertulia de la botica, quién a los estrados de las damas y a las **reuniones de la gente tónica**, afanosos todos de transmitir las noticias recibidas, que de calle en calle y de sala en sala, y de boca en boca iban desfigurándose y abultándose hasta el punto de que no las conocería el mismo que las lanzó a los vaivenes y agitaciones del mundo. ¡Y entonces no había periódicos!

José Bonaparte había salido en efecto para Valladolid, obedeciendo a su amo y hermano que le mandaba ponerse al frente del ejército, mientras él, no escarmentado con la desastrosa campaña de la Moscova, se **disponía a** emprender otra nueva en Alemania contra la sexta coalición. Cuando el coche, pasado el arco de San Vicente, torció a la derecha en dirección a la Puerta de Hierro, Su Majestad, que hablaba con el general Jourdan, dejó a este con la palabra en suspenso, y se asomó por la portezuela para contemplar el real palacio que quedaba detrás, sentado en los bordes de la villa, con un pie arriba y otro abajo, destacando su enorme cuerpo blanco sobre las rampas de ladrillo que le sirven de trono y sobre la verdura de los árboles que le sirven de alfombra. José Bonaparte dirigió al edificio una mirada en la cual difícilmente **podían** conocerse los sentimientos de su corazón. Aquel abandonado albergue que veía Su Majestad tras sí, ¿era una mansión risueña, de la cual no podía alejarse sin pena, o por el contrario, cueva horrorosa en cuyo recinto no había sino canchero y tristeza? ¿Era grata al intruso la idea del regreso, o se complacía su ánimo con el pensamiento de perder de vista para siempre la enorme casa blanca y las rojas murallas y el jardín rastrero entre cuyo follaje levanta el abollado sombrero de su techo, la ermita de la Virgen del Puerto?...

Napoléon el Chico, después del triste mirar, recostose taciturno en el fondo del coche, mas no oyeron sus coturnos ningún suspiro como el que en parecido caso regaló a la historia Boabdil el de Granada. Reanudose la conversación entre José y el mariscal Jourdan. Madrid y su palacio, y su polvo, y su claro cielo y su aire sutil no fueron ya para el hermano de Bonaparte más que un recuerdo.

Título: El equipaje del rey José **Versión:** Primera Edición **Variantes semánticas Caracterizadora**

Figura 12.

El término alude a Salvador Monsalud, que será personaje principal de toda la Segunda Serie aunque el lector aún no lo sabe, y el autor adelanta con la variante, de modo un tanto enigmático, el desprecio que hacia él sentirán sus compatriotas. Salvador, según conoceremos más adelante, no es un “militar pequeño” sino un “militar de segunda” —de ahí el cambio del diminutivo al despectivo— porque no pertenece al ejército sino a un cuerpo especial, la Guardia Española, creada por Jose I Bonaparte para mantener el orden. Los españoles que entraron en dicho cuerpo fueron considerados como traidores, y así se lo demostrarían los fernandinos, sobre todo a partir de la marcha de los franceses del país.

Otro cambio de forma verbal denota la búsqueda de la perfección estilística del relato: en la figura 13 la utilización del gerundio en la primera edición indica que Canencia se turba mientras habla, simultáneamente, y no que estaba ya turbado, como señalaba el participio del manuscrito:

El equipaje del rey José Volver al índice

«¡Mis amigos, los franceses! -exclamó Canencia **turbándose** como jovenzuelo tímido, a quien se descubre un secreto amoroso-. ¿Soy acaso hombre que se entusiasma con las victorias militares de Juan de Pizarro? ¡Ejército! ¡Ejército! ¡Napoleón! ¡Manuscrito... ¡Jura! Soy partidario del primer hermano, señores. Odió las guerras, destructora de la convivencia social, y agotador el día de la emancipación de los pueblos. Se que me calumnian, se que algunos se atreven a sostener que estoy en Salamanca en una sociedad maníaca... ¡Por ventura estas mis venerables casas y esta estereosa filosofía que debo a mis estudios son a propósito para degradarse en logias y aquilanes. ¿Pero hasta que me hayan dado ese miserable destello en la contaduría del Noveno para que se me crea ligado en cuerpo y alma a los Bonapartes, señores, a los hijos de doña Leocadia, que hoy dominan el mundo con la espada... ¡Como si la espada fuera otra cosa que un pedazo de acero, una herramienta bruta, una lacera inerte y puntante que sólo sirve para sangrar a los pueblos!... Y entre tanto las ideas... **Voló los ojos a todos lados y decía:** ¿dónde están las ideas?»

Los tres imploraron a Canencia rogándole que se calmara. Salma le quitó la palabra de la boca, para decir:

«Mala paciencia me de Dios y sea la primera que viene, si a este día (diciendo no el cambio pronto en plaza de la contaduría del Noveno por una jaula en el Nuncio de Toledo) Es una mala noticia la dicha del viaje del Rey. Lo que yo aseguro es que ayer nada se sabía en palacio de tal viaje...»

«Por allá viene quien nos ha de sacar de dudas -dijo Pina señalando hacia Caballerías. Todos los del conde fijaron la atención en un joven bien parecido, de rostro alegre y franco que precipitadamente bajaba en dirección a San Gil. Vestía el uniforme de la guardia española creada por José en enero de 1808, y a la cual pertenecían buen número de compañeros muertos con todos o casi todos los saques y saqueos de los antiguos cuerpos extranjeros.»

«¡B. Salvador! ¡Manuscrito! ¡Salvador! ¡Manuscrito! ¡guía el ejército Lobo. ¡Manuscrito al arco del uniforme. Es sobre de Andrés Morenada, el que apañaron en Salamanca -¡sí! con malicia! (queje). El señor Canencia puede dar noticia de la batalla de los Arapiles y de los palos de Babalote.»

«Señores patriotas, buenos días -dijo el joven guardia acercándose al conde y saludando a todos con festivo semblante. ¿Qué ocurre, discreto amigo, aunque jeado? le preguntó Salma poniendo su mano en el hombro del manuscrito. ¿A dónde va por esos caminos el emperador de las Tinajas? A Valladolid según el militar. ¿A Valladolid? -exclamaron todos-. ¡¡¡Es lo premisa yo! Por allá están la Vera, Rueda, la Secta, Mojados y demás cepas... ¿Concepto a Valladolid? **No faltará batalla...** -¡dijo el joven con tráfalo-. Napoléon ha mandado un recado a su hermano, diciéndole que salga a campaña. ¿Un recado? ¿Un recado también. Y con nosotros los ministros, y con los ministros los empleados, y con los empleados... Con los empleados los empleados -abeddo Lobo. Eso será bueno. En palacio están empacando a toda prisa caudales y alhajas -prosiguió Salvador con alboroto y orgullo, propio de la juventud al verse portadora de nuevas esperanzas. Ayer embalsamamos juntamente con la botica de cocina una talpa puerocada que llama el Pazo de Sicilia... Nos llevamos hasta los clavos... Dentro de pocos días se van a embalsamar todos los coches y carros de la villa, y aún no bastará. ¿Todos los carros! Pero esta gente nos va a dejar sin un alfiler para trabarnos las chorreras. ¿Acaso vinieron a otra cosa? Pues que -¡dijo Salma-. ¿creo usted que esta gente ha sabido lo que se pan antes de venir a España? ¿Y ahora, señores -dijo el **militarejo**-, harán ustedes bien en marcharse cada uno a su casa de dos en dos, porque la policía no gusta de ver grupos en los alrededores de palacio. Esta advertencia produjo rápidos efectos: desmoronó el grupo, y por parejas se alejaron en direcciones diversas los esclarecidos varones, marchando cuál a su oficina, cuál a su tienda, este a la escribanía, aquel al convento, quién a la tertulia de la botica, quién a los estrados de las damas y a las **reuniones de la gente tónica**, afanosos todos de transmitir las noticias recibidas, que de calle en calle y de sala en sala se iban desfigurándose y abultándose hasta el punto de que no las conocería el mismo que las lanzó a los vaivenes y agitaciones del mundo. ¡Y entonces no había periódicos!

José Bonaparte había salido en efecto para Valladolid, obedeciendo a su amo y hermano que le mandaba ponerse al frente del ejército, mientras él, no escarmentado con la desastrosa campaña de la Moscova, se **disponía a** emprender otra nueva en Alemania contra la sexta coalición. Cuando el coche, pasado el arco de San Vicente, torció a la derecha en dirección a la

Variantes estilísticas Perfeccionadora

Primera Edición		Versión	Capítulo
empacado	seco	Manuscrito	I
Quero	Quero	Manuscrito	I
turbándose	tráfalo	Manuscrito	I
No faltará batalla...	Va a haber cada batalla	Manuscrito	I
disponía a	preparaba para	Manuscrito	I

Título: El equipaje del rey José **Versión:** Primera Edición **Variantes estilísticas Perfeccionadora**

Figura 13.

Y de nuevo la relación de variantes de la figura 14 nos permitirá comprobar cuál fue el motivo que impulsó al autor a introducir más y menos modificaciones, y si dominaban los cambios semánticos o estilísticos en su proceso de corrección del texto.

Variantes semánticas				Variantes estilísticas			
Variantes semánticas Intensificadora				Variantes estilísticas Evita Repetición			
Primera Edición		Versión	Capítulo	Primera Edición		Versión	Capítulo
consabido	falta	Versión Previa	I	halla	encuentra	Manuscrito	I
Volved los ojos a todos lados y decidme.	falta	Manuscrito	I	preguntó	dijo	Manuscrito	I
y	falta	Versión Previa	I	prosiguió	añadió	Manuscrito	I
y a las reuniones de la gente tónica	falta	Manuscrito	I	afirmó	dijo	Manuscrito	I
podrían	podían	Manuscrito	I				
y su claro cielo	falta	Manuscrito	I				
Variantes semánticas Caracterizadora				Variantes estilísticas Economía del lenguaje			
Primera Edición		Versión	Capítulo	Primera Edición		Versión	Capítulo
Salamanca	los Arapiles	Versión Previa	I	falta	no	Manuscrito	I
en	a	Versión Previa	I	falta	si	Manuscrito	I
jacobino	republicano	Manuscrito	I				
orgullo	vanidad	Manuscrito	I				
militarejo	militarcito	Manuscrito	I				
Variantes estilísticas Perfeccionadora							
Primera Edición		Versión	Capítulo	Primera Edición		Versión	Capítulo
empinada	agria	Manuscrito	I	Quiere	Querrán	Manuscrito	I
turbándose	turbado	Manuscrito	I	No faltarán batallas...	Va a haber cada batalla...	Manuscrito	I
disponia a	preparaba para	Manuscrito	I				

Figura 14.

Podríamos seguir comentando variantes, pero no se trata de eso. Con esta pequeña muestra he intentado probar el interés de la edición crítica virtual. Así, los tan corregidos poemas juanramonianos, algunos de juventud convertidos años después en poesía pura, facilitarían, editados virtualmente, además de la investigación, la docencia, al mostrar a los estudiantes de forma tan plástica, el proceso depurador a que el poeta sometió su obra. Por supuesto, tener el texto fiable de una obra literaria digitalizada proporciona además, muchas otras posibilidades de investigación, como ha demostrado el profesor Torruella (2008) en su trabajo sobre el *Quijote*. Descubre allí, por ejemplo, que Cervantes repite tantas veces “Sancho” como “don Quijote”, lo que hace reflexionar sobre si hay en la novela un caballero protagonista y un escudero personaje secundario, o si se trata de un protagonismo compartido por ambos... También el trabajo de Robinson (2006) muestra múltiples posibilidades de la edición digital. De ahí la decisión de colgar la “Herramienta software para la implementación de ediciones críticas digitales” en la página Web de mi Departamento en cuanto esté debidamente corregida.

BIBLIOGRAFÍA

ARENCIBIA, Y.: *La lengua de Galdós (Estudio sistemático de variantes en galeradas)*, Consejería de Cultura y Deportes, Gobierno de Canarias, 1987.

PEREZ GALDÓS, B.: *El equipaje del rey José*, en *Episodios nacionales, Segunda serie. La España de Fernando VII*, ed. de D. Troncoso, Barcelona, Destino, 2006.

ROBINSON, P.: “Foro”, *Ecdotica*, 3, 2006.

TORRUELLA, J.: “El *Quijote* al microscopio”, *Bulletin of de Cervantes Society of America*, 28, 1 (Spring 2008), 11-52.

NOTAS

¹ En la Editorial Destino (*Primera serie. La guerra de la Independencia*, 2005; *Segunda serie. La España de Fernando VII*, 2006; *Tercera serie. Cristinos y carlistas*, 2007; *Cuarta serie. La era de Isabel II*, 2009; *Quinta serie. Revolución y Restauración*, en prensa).

² Considero como versión previa al texto que el autor entregó a la imprenta, todo texto tachado en el manuscrito, sustituido o no. Es obvio que dicha versión tuvo momentos de redacción diversos: simultáneo a la escritura, cuando una vez escrita una palabra o frase el autor la tacha y continúa escribiendo. Algo posterior, cuando se sustituye lo tachado entre líneas, y muy posterior cuando obedece a una relectura amplia y lo tachado son largos párrafos que ocupan una o más cuartillas sustituidas por otras, aunque conservadas.